

JAURÉS

Patricia Palomero Sánchez

Ya con julio en ciernes, seguía pidiéndose el café caliente. A sus escasos cincuenta y cinco años, ya parecía un verdadero anciano; aunque claro, siempre podría excusarse en la dureza de su vida, sus cincuenta y cinco años no pesaban igual que lo que lo harían los míos. Jean Jaurès pidió su segundo café en apenas media hora que llevábamos en esa humilde cafetería de la calle Montmartre de París.

Las calles estaban abarrotadas, llamados todos los ciudadanos a los adoquines por el sol de baja tarde y la atmósfera veraniega. Al viejo le daba igual, él proseguía con sus relatos; ya me los sabía de memoria: breves pasajes de su infancia en Castres, más largos e interesantes de su juventud en la Escuela Normal Superior, los de la muchacha rubia de aquella extraña época

en Toulouse y, en los que más se recreaba, aquellos emparejados a su alma revolucionaria.

Cuando volví a conectar con lo que decía mi acompañante, no me quedó más remedio que sonreír, efectivamente ya estaba contando el abandono de aquella mujer y le quedaría poco para empezar a despotricar de Clemenceau y los radicales de la época, hacía justo 20 años de su entrada de lleno en política y treinta y cinco de la proclamación de su querida Tercera República. Pero esta vez, y mira que ya llevábamos bastantes encuentros paralelos entre sí, Jaurès cambió de tema.

- Estoy cansado de hablar de L'Humanité, chico. La segunda internacional, la huelga de Carmaux... todo queda muy lejos. Noto ya cómo se dispersa tu atención y hasta la nube que ya se evapora, hace cinco minutos te parecía más interesante que lo que te narro.

- ¡No!

Intenté negarlo, quedaba lejos de mis intenciones ofender a Jaurès. Bien es cierto que sus historias eran repetitivas, pero jamás aburridas.

- No... - continué - usted sabe que no es tanto el contenido de la historia, que ya está disponible en cualquier libro perdido en la opéra bibliothèque garnier o en alguna librairie cercana a Notre Dame. A mí me interesa su expresión, los pequeños detalles que va uno recordando en mitad de la narración, los gestos, la ilusión o la decepción personal con la que empaña cada anécdota; además, ya sabe que me encanta el café de este sitio.

Supe que había devuelto la autoestima del viejo a su Olimpo original cuando levantó la mano indicando dos cafés más al camarero, que ya nos conocía por nuestro gusto a la cafeína y las largas tardes que pasábamos allí calentando las sillas.

- Bueno, chico, igualmente hace tiempo que ya no me apetece repetir las historias. Como has citado, al fin y al cabo, lo que me incita a repetir las no es recordarlas, tengo decenas de libros que, además de decorar el salón, ya lo hacen por mí. Me di cuenta hace poco que la verdadera motivación es recordar cómo me sentía y, aún más, que me llevó a ello.

Estaba ya el sol bañándose en el río Sena mas Jaurès me tenía tan intrigado con el emotivo discurso que no me importó buscar pelea con mis padres a mi tardío regreso a casa.

- No se si lo sabes, pero - aquí titubeó, creo que es la primera vez que lo veo dudar. Tan oportuno como siempre, de la mano del destino llegó el torpe camarero con los dos cafés interrumpiendo a Jaurès y hablando, en algún vulgar intento de parecer afable, del buen tiempo que llevaba haciendo toda la semana.

Aquí volví a desconectar, era un don que venía desarrollando desde las navidades pasadas, cuando, para evitar un conflicto familiar mayor, evitaba enterarme de los comentarios de mis parientes acerca de la Segunda guerra de los Balcanes, tema candente del verano pasado. A pesar de tachar de desafortunada en un primer momento esta charla que trajo el café, a mi acompañante le sirvió para relajarse y comenzar el ansiado relato:

- Bueno, chico, no sé a cuánto ha llegado tu interés por mi persona; pero, si como bien dices, coleccionas mis libros, sabrás que no era el movimiento obrero mi preocupación principal en los primeros años de este sendero político.

- Claro, sé su ascendencia: burguesa, pequeña pero, al fin y al cabo, acomodados.

- Asistí a la caída de Napoleón en 1870, vio en la joven Tercera República la vía para cumplir el sueño de la Revolución: libertad, igualdad, fraternidad. Aún así, no fue aquello lo que hizo que mi alma se encendiese junto al pueblo. Bueno, yo por aquel entonces, no veía al pueblo capacitado

para ostentar el poder; el poder de los poderosos, ¡qué joven e ingenuo era por aquel entonces!

- ¿Entonces qué sucedió, maestro?

- Mi historia comienza en 1892, concretamente un 15 de mayo. Ese maldito día los dueños de la Compañía Minera de Carmaux despidieron a Jean-Baptiste Calvignac, dadas sus ausencias repetitivas. Hasta aquí puede ser comprensible; pero, espera, muchacho. El dato importante es que el camarada Calvignac no era solo minero, sino que también fue el alcalde de Carmaux. Hasta este momento, yo era aún tan necio, tan joven como tú, que tomaba el bando de la solidaridad.

- No se atormente más, Jaurès, y cuénteme qué sucedió. Me tiene intrigado.

- Se convocó la huelga general y el Estado mandó el ejército. Mi querida república mandó a 1500 soldados contra unos pobres mineros. En ese momento se encendió mi bombilla de la humanidad, y acudí en defensa de los mineros. Con todo el dolor de mi corazón y el peso de tantos años de lucha de su mano, cayó sobre la República la cruz de “títere de los capitalistas”.

- Usted rectificó, eso es lo importante. Siendo burgués fue un gesto de extrema empatía, por estas cosas le admiro tanto.

Jaurès hizo caso omiso de mis elogios, para no variar algo en nuestra cita. No me dio tiempo a preguntar cómo acabó el asunto de Carmaux, cuando un sonido fuerte rebotó en nuestra atmósfera de tranquilidad. De repente, empezó a llover, o eso pensé en el momento. Otro, y otro más segundos después; no los pude reconocer en aquel momento, pero esos tres sonidos similares siguen rebotando en mi cabeza cada día y me prohíben volver a pasear por el alegre barrio de los pintores, ahora se tiñe de rojo en mi mente.

Eran disparos y, por desgracia, era la primera vez que los escuchaba, aunque se iban a volver una cosa cotidiana.

Cuando me atreví a mirar, supe que tendría que buscar el final de la huelga de Carmaux en la Biblioteca Nacional. Jaurès había muerto; perdón, había sido asesinado. Allí, en mi presencia, y yo solo era capaz de mirar las manchas de sangre en su taza vacía de café.

Este relato es en memoria de Jean Jaurès, político socialista y, paradójicamente, pacifista francés. Fue asesinado el 31 de julio de 1914, tras tres días de hostilidades en plena Primera Guerra Mundial. A pesar de que la Declaración Universal de los Derechos Humanos fuese firmada casi un siglo después, en el mismo París donde descansa Jaurès, este ya luchaba por la dignidad de las personas, base de dichos derechos humanos.

Por si cabía alguna duda, Calvaign ganó el juicio y Jaurès fue elegido, tan solo un año después, diputado socialista.